Muerte blanca

Amador Cuesta

Muerte blanca

Amador Cuesta

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2025
© Amador Cuesta, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87805-42-5
THEMA: FH - FFL - FHK - FHM
DEPÓSITO LEGAL: M-22795-2025

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a María, que mecanografió todo el texto en 1986 y me hizo sugerencias decisivas para el argumento y redacción de la obra. La tengo en el recuerdo.

También he tenido el apoyo técnico de mi hijo Carlos, que ha tenido paciencia para aguantar mis manías. El apoyo de mis hijos David y Carmen han sido imprescindibles para acabar la novela. Espero que Aitana lea el libro de su abuelo cuando sea mayor.

Mi agradecimiento también a Ezequiel Teodoro por su inestimable ayuda en la edición de la obra. A Moisés Cárdenas por su paciencia en la corrección y agradezco a María Loreto Navarro por estar atenta para la publicación.

La muerte no nos roba los seres amados.
Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo.
La vida sí que nos los roba muchas veces y definitivamente

François Mauriac

NOTA DEL AUTOR

Este libro fue escrito en 1986 y por lo tanto ambientado en esa época. No había móviles, ni Internet ni redes sociales. María me ayudó y la tengo en mi recuerdo.

MADRID OCTUBRE 1985

Como siempre, Ignacio lamentó haber comprado un despertador tan ruidoso. A las ocho en punto, como ocurría los días laborables, alargó la mano para silenciarlo. Tras dos o tres minutos de bostezos y muecas, al fin consiguió levantarse. Pulsó el botón «on»; el locutor de la radio ya estaba refiriendo las noticias de primera hora. Ignacio, como era habitual en él, no prestó atención. El simple susurro de la radio le bastó para sentirse acompañado.

Entró en el cuarto de baño vacilante y tras ducha rápida se dispuso para enjabonar su cara para el afeitado. En ese momento sonó el teléfono.

—¿Diga? ¿Quién es?

Desde el otro extremo del teléfono una voz femenina respondió:

—Soy yo.

—Dime Marta… ¿Qué quieres a estas horas?

—Me ha llamado Lorenzo y dice que no consigue localizar a Lucas dese hace dos días. Estoy preocupada. Ya te he comentado que últimamente encontraba a mi hermano muy inquieto… ¿Por qué no quedamos para comer y hablamos más despacio?

—De acuerdo Marta. A las dos te espero en El Sevillano. Hoy lo haremos en plan barato.

—Bien, vale. No te quejes, ya sabes que no pretendo arruinarte.

—¡Qué susceptible chica! Después hablaremos. ¡Hasta luego Marta!

—No seas tardón —suplicó ella.

Ignacio volvió al cuarto de aseo, acabó de afeitarse y se vistió como acostumbraba, con ropa informal. No le gustaba ir trajeado, ni con corbata. A veces se preguntaba por qué no había evolucionado hacia el traje gris y corbata como el resto de sus compañeros de

facultad. Marta solía decirle que era por puro orgullo o por intentar emular a Woody Allen, aunque él siempre afirmaba que era por simple comodidad.

A sus treinta y cuatro años, como la mayor parte de sus compañeros de carrera, había perdido su candor revolucionario-izquierdista, si bien había conservado cierto espíritu de lucha contra la injusticia social, que nunca quiso concretar en afiliaciones a ningún partido político. Aunque, aún se consideraba bastante joven, creía haber adquirido la suficiente sabiduría para ser consciente de que la práctica política habitual se movía más por corrupciones y rencillas personales que por ideales redentores de la humanidad. Creía igualmente haber llegado a una edad en que tenía asumido todo su papel en la vida.

Llevaba ya siete años trabajando en el periódico *Mundo Informativo*, y aunque no era de los más renombrados periodistas del país, se sentía a gusto con su labor y era considerado un excelente redactor por sus compañeros, si bien nunca podría conseguir la red de amigos, conocidos y confidentes que le suministraran las primicias informativas y cotilleos socio-políticos-sentimentales que otros llamados a sí mismos analistas políticos tenían.

Efectivamente, ahora se encontraba bien. Marta le satisfacía plenamente, aunque no impedía que de vez en cuando deseara a otras mujeres, sobre todo a dos compañeras del periódico, cuyas insinuaciones eran prácticamente continuas. Con una de ellas, Rosa, había compartido varias noches de placer antes de conocer a Marta. Físicamente, se sabía que no era Robert Redford, pero tampoco Marty Fieldman y nunca le fue demasiado difícil conseguir relaciones sexuales esporádicas a pesar de no considerarse el típico ligón. El discreto éxito que tenía con las mujeres lo atribuía a su innata naturalidad.

Sus costumbres también habían cambiado desde sus años de facultad. Había adquirido algunos gustos burgueses, si bien, nunca se consideró esclavo de ellos. Le gustaba la buena cocina, pero no alardeada de ello. Iba con frecuencia a buenos restaurantes, pero siempre observaba detenidamente el listado de precios para no pasarse en su presupuesto preestablecido. Le encantaba «la nueva cocina vasca», sin embargo, odiaba que estuviera de moda y procuraba evitar ir en grupo. Solía ir solo o con Marta, con cuya compañía creía multiplicar su placer gastronómico. Le gustaban igualmente los buenos vinos, de

añada, pero prescindía frecuentemente de ellos para no desequilibrar su presupuesto. Licores y cócteles prácticamente no tomaba excepto algún gin-tonic nocturno.

Su hogar, un piso de ciento veinte metros cuadrados ubicado en el barrio de Chamberí, estaba decorado con muebles sencillos, pero cómodos y de calidad. Pasaba mucho tiempo en casa y realmente se encontraba a gusto en ella. Era aficionado a la pintura, pero solo tenía colgados grabados, casi todos modernos. No faltaban los Matisse, ni los Modigliani, ni tampoco Dalí que le apasionaba. Picasso no tenía ninguno, no le gustaba sin saber la razón exacta. Le agradaba escuchar música y disponía de una buena colección de música clásica y de jazz, pero raramente acudía a conciertos.

Aquella mañana llegó al periódico unos minutos después de la nueve. Entró en la sala de redacción saludando a los compañeros que encontraba a su paso, más con gestos y movimientos de cabeza, que, con verdaderas palabras, ya que el continuo teclear de teletipos y máquinas de escribir impedía la audición en un tono normal, por lo cual prefería prescindir de palabras.

Fue a su mesa dónde encontró diversos teletipos. En esos momentos se dedicaba a comentarista de política internacional y compartía la sección con Felipe Peral, cuatro años más joven que él y con quien había logrado hacer una gran amistad. Generalmente se esperaban uno al otro para ir a desayunar y de paso comentar el trabajo a realizar. Felipe aún no había llegado, por lo cual se entretuvo en hojear los diversos teletipos para hacerse una idea panorámica de la tarea que los esperaba.

No tardó mucho en aparecer su compañero. Ignacio se levantó y fue a su encuentro. Felipe le dirigió ya el primer saludo con interrogante:

—Hola Ignacio. ¿Cómo se presenta el día hoy?

—Creo que hay algo de Nicaragua, Líbano y Mercado Común.

—¡Jo… qué coñazo, siempre lo mismo! —repuso Felipe que añadió—: Vamos a tomar un café. Ya hablaremos de esto durante la mañana.

Tardaron solo unos minutos en traspasar la puerta del Café Berlinés, establecimiento cercano al periódico, del que eran asiduos clientes.

El recinto estaba atestado de ejecutivos y administrativos y respiraba el alegre bullicio mañanero de las cafeterías muy concurridas a esas horas. El olor a café, las animadas voces de camareros y clientes hacían que esos momentos fueran especialmente reconfortantes a las personas que debían enfrentarse con el duro y monótono trabajo administrativo.

Rosa y Alberto, dos de los reporteros gráficos del periódico, se hallaban en el extremo de la barra. Ignacio y Felipe se dirigieron como siempre a ese lugar. Casi todos los días se reunían los cuatro periodistas en esa parte de la barra. Los recién llegados pidieron sus respetivos cafés y croissants. Enseguida se unieron a la conversación de sus compañeros fotógrafos. Aquel día, como acostumbraban se dedicaron a comentar varios cotilleos políticos y sociales de que se hacían eco lo medios de comunicación.

Ya a punto de pagar, Rosa se dirigió a Ignacio en un tono no exento de ironía:

—A propósito. He oído que tu cuñadito Lucas está fastidiado. Dicen que se le ve mala cara y que tiene alguna enfermedad —pronunció la palabra «cuñadito» con cierto retintín. La relación que tenía su compañero con Marta nunca la había terminado de encajar.

—No tengo ni idea —replicó Ignacio cortante.

Felipe, percatándose que su amigo estaba violento y evasivo intervino rápidamente para desviar el tema de conversación:

—¿Sabéis que están preparando un indulto a Ruiz Mateos?

—¡No me digas! —contestó Alberto sorprendido.

—Sí, lo que oís.

—Estos chicos del Gobierno son capaces de todo —comentó Rosa burlona.

Ese día le tocaba pagar a Felipe y así lo hizo, tras lo cual, abandonaron el local los cuatro periodistas.

Poco después entraron en la redacción del periódico.

El reloj de pared que había sobre uno de los muebles archivadores marcaba las diez menos cuatro.

BARCELONA

A esa misma hora y en Barcelona se encontraba Lucas Santamaría sentado en un cómodo sillón de la sala de espera de la Clínica Médica Condal. Aunque los suaves tonos de la moqueta y el hilo musical de fondo contribuían a que el ambiente fuera relajado, no podía evitar tener su mente ocupada en todo lo que le había sucedido últimamente.

Tenía treinta y nueve años, de mediana estatura y gafas de concha. Era ingeniero industrial. Cuando en el año 77 se afilió al partido de izquierdas que actualmente estaba en el poder, no se hubiera imaginado que cinco años después iba a ocupar el puesto que estaba actualmente desempeñando, director general de Obras Hidráulicas dependiente del Ministerio de Obras Públicas, a cuyo cargo estaba el ministro de origen catalán Ernest Serra.

En noviembre del año 82. le ofrecieron el cargo. En esos momentos, era ya, por supuesto, consciente de la alta responsabilidad de su misión, pero no sabía ni se imaginaba el grado de complejidad, la cantidad de sinsabores y la dosis de servidumbre ideológica que eran necesarios para el normal desenvolvimiento de su función.

Hasta entonces tenía la idea simplista y candorosa que la política era una cuestión de prioridades que se iban aplicando sin más. Pocas semanas después, se daría cuenta de lo contrario. Cada objetivo que quería conseguir, precisaba de multitud de trámites burocráticos lentos, palmaditas en la espalda y sonrisas no deseadas. También exigía mucha corbata, *lenguado meunier* y Rioja del 70, además de muchos vistos buenos de superiores y explicaciones a compañeros de partido, sindicatos, diputados, consejeros autonómicos y allegados de todo tipo. A pesar de toda esta carrera de obstáculos, aún seguía pensando que merecía la pena, y no por vanidad o por la llamada erótica del poder, sino por servicio a la comunidad.

Su vida privada se vio trastocada, casi coincidiendo con su llegada al Ministerio. Se había casado con Teresa ocho años antes, poco después de haber conseguido su primer ascenso importante en la empresa donde trabajaba. Su relación con ella nunca fue excesivamente efusiva. La había conocido en casa de su amigo Lorenzo Sanz en una fiesta para celebrar la apertura del bufete que su amigo compartía con otros dos abogados, Santi Galarza y César Suárez. Teresa, enfermera del hospital de La Paz iba acompañando a Santi, si bien no les unía ningún especial lazo como pareja. Fueron presentados y enseguida se dieron el número de teléfono.

Pocos días después iniciaron sus salidas. Al principio a Lucas le llamó la atención la independiente naturalidad con que actuaba Teresa. Parecía que no tenía prejuicios. Empleaba el mismo tono de voz para hablar de la belleza otoñal de los árboles como de la cambiante sensibilidad del clítoris de algunas mujeres. Físicamente, aunque no era una belleza escultural y estilizada, sí era lo que normalmente los hombres consideraban una mujer apetitosa. Morena, con mirada viva, rasgos faciales suaves y labios carnosos, que eran especialmente sensuales y sugestivos cuando fumaba. Los pechos, sin ser excesivamente grandes, eran perfectamente redondeados, con piel tersa y pezones grandes y de color muy oscuro. En verano le gustaba resaltarlos con camisas de algodón ajustadas y sin sujetador. Su cintura, aunque no muy estrecha, estaba proporcionada. Las caderas eran anchas y los muslos robustos y apretados no poseían blandeces adiposas y se adaptaban perfectamente el uno al otro sin precisar unir demasiado las rodillas. Su sexo, recubierto con abundante pelo muy negro y rizado era muy sugerente y sensual. En verano tenía que depilarse los márgenes del mismo para que no sobresaliera por los bordes de la braga del bikini.

Lucas no conoció su cuerpo desnudo hasta cinco meses después de su primera salida, si bien lo había intentado en varias ocasiones sin éxito. Teresa, que a simple vista parecía liberada y desinhibida empleaba con frecuencia la tan consabida retórica de «todos los hombres vais a lo mismo», «estáis todos salidos, es que no pensáis en otra cosa» y frases por el estilo, que tanto desarmaban a los hombres.

Finalmente, el encuentro con la piel de Teresa fue más por designio del puro azar que por deseos expresos de ella. En el mes de junio de aquel año, hicieron un viaje a la provincia de Granada con otras dos

parejas que les consideraban con relación sexual ya establecida, por lo cual tuvieron que compartir la misma habitación. Entonces Teresa no tuvo más remedio que consentir en hacer el amor. Lucas se sintió intensamente excitado con la observación del cuerpo que tanto había deseado.

Comenzó el juego amoroso por besarle en la boca, que Teresa, huidiza, procuró que fuera breve. El beso en las orejas fue inmediatamente rechazado aduciendo que le hacía « cosquillas». Siguió por los pechos, ombligo y sin dar tiempo a más dilación Teresa forzó la penetración simulando impaciencia. Lucas, sobreexcitado, eyaculó a los pocos movimientos.

Inmediatamente después fumaron el cigarrillo post-coito pasándoselo uno al otro como si fuera una auténtica pipa de la paz. Lucas inició la tópica conversación de que las « primeras veces nunca sale perfecto», «es necesario el conocimiento mutuo». Teresa zanjó rápidamente el tema afirmando que había disfrutado mucho e instantáneamente se dio la vuelta. Él no se atrevió entonces, ni nunca más tarde, en otras relaciones, a preguntarle si había tenido un verdadero orgasmo. No quería herirse a sí mismo intuyendo una respuesta negativa o poco sincera, evitando así, poner de manifiesto su oculto machismo, bien disimulado en su círculo social. Secretamente, a veces pensaba, que quizá no era suficientemente macho para una mujer como Teresa que exhalaba sensualidad por los cuatro costados.

Diez meses después de su primer encuentro se casaron por la Iglesia presionados por ambas familias, pues ninguno de los dos era creyente. Su primer y único hijo, Jorge llegaría año y medio después de la boda. Ahora tenía seis años.

Una vez casados, las relaciones sexuales se fueron espaciando gradualmente. Lucas se vio varias veces rechazado poniendo ella como disculpa frases como «os creéis con el derecho de follar cuando os dé la gana», «nos utilizáis como simple agujero en que descargar» y cosas por el estilo.

La relación extrasexual fue igualmente tormentosa y su deterioro estuvo íntimamente unido al sufrido en el aspecto sexual. Tras cuatro años de lucha interior contra los acontecimientos, se impuso lo evidente y Lucas decidió hacer vida aparte, si bien, viviría en el mismo piso para poder estar cerca de su hijo Jorge, al que temía perder para

siempre si se marchaba de casa. A partir de entonces durmieron en habitaciones separadas, evitándose mutuamente el resto del día. Lucas desayunaba, almorzaba y cenaba fuera de casa.

Poco a poco se le hacía más duro estar en su domicilio y le suponía un gran suplicio respirar el mismo aire que Teresa, andar por los mismos pasillos y oír de vez en cuando su voz. Un odio no propio de estos tiempos, ni de su condición cultural se iba apoderando de la pareja. Su hijo era un «pim-pam-pum» de ambos. Si uno le decía algo, el otro, lo contrario. Si él le regalaba algún juguete, ella se lo apartaba inmediatamente.

El niño, entre los dos fuegos, se pasaba gran parte del día llorando y lo que era más preocupante, empezaba a desarrollar síntomas de autismo, comía poco y a menudo tenía molestias digestivas.

Todo esto ocurría poco tiempo después de haber sido nombrado director general en el ministerio. Teresa dependía económicamente de él ya que había dejado su trabajo en el Servicio de Análisis Clínicos del hospital La Paz un año después de la boda. Lucas le dejaba todas las semanas un sobre con la cantidad que él creía suficientemente razonable, sobre todo para que no faltara de nada a su hijo Jorge.

En todos estos años de convivencia desastrosa había observado que Teresa se ausentaba largo tiempo de casa y nunca sabía dónde iba. Se imaginaba que salía con algún hombre que le saciara su apetito sexual, que él no había podido, pues sin duda, tenía la completa seguridad de que no era frígida y no sabía la razón, pero lo sabía con certeza.

Había pasado ya más de un año en el Ministerio cuando ocurrió. Era un domingo en que debía encontrarse de viaje por Venezuela acompañando al ministro. Se lo había hecho saber a Teresa por si su hijo preguntaba por él y también por si tenía alguna llamada de teléfono importante. A última hora decidió no ir, dado el acúmulo de trabajo que se preveía para esa semana. Envió en su lugar al subdirector Juan Sánchez, su hombre de confianza por aquel entonces. Teresa había llevado al niño a casa de sus padres para que pasara el fin de semana.

Lucas pensó entonces en aprovechar el día para estar con su hermana Marta y su compañero Ignacio, al mismo tiempo que aprovecharía para revisar unos informes sobre la seguridad de una presa, de modo que debía acudir al piso para recoger el portafolios.

Nadie le oyó al entrar en su casa, la música elevada lo impedía. Cuando traspasó la puerta del salón, su sorpresa fue mayúscula. Quedó inmóvil, atónito y mudo por la escena que presenció.

Sobre la moqueta y habiendo sido apartada la mesa del tresillo se encontraba Teresa completamente desnuda, con su cuerpo unido a otra desnudez femenina. Con el pelo suelto, sus piernas totalmente entrelazadas con las de a otra mujer estaban en continuo movimiento. Sus manos tampoco cesaban de moverse acariciando con desesperación la piel de su partenaire. Las bocas, perfectamente adheridas, dibujaban en sus caras una imagen de frenético placer. A su lado y en cuclillas se hallaba otra mujer, también desnuda, con rasgos mulatos, probablemente sudamericana, que acariciaba y besaba con igual apasionamiento a ambos cuerpos.

Tardaron unos segundos en darse cuenta de la presencia de Lucas. Entonces se deshizo el nudo que formaban las tres mujeres, levantándose rápidamente Teresa, que en tono insolente espetó:

—¿Qué pasa?... ¿Es que te asustas de ver a tres mujeres juntas o qué?

La boca de Lucas contraída y paralizada de ira solo alcanzó a articular en voz baja, quizá solo para él mismo, dos palabras:

—¡Puta tortillera!

Se dio la vuelta de inmediato saliendo del piso sin cerrar tan siquiera la puerta. Tampoco cogió el ascensor. Bajó por la escalera a gran velocidad los seis pisos que le separaban de la planta baja.

En las calles, estuvo vagando de un sitio para otro sin rumbo fijo. Era día festivo y había muy poca gente, lo que aún hacía más desoladora la situación. Así estuvo unas dos horas y sin saber cómo, se vio sentado en una butaca de cine, donde permaneció dos sesiones completas sin prestar la mínima atención a la pantalla. Si alguien le hubiera preguntado por la película, no habría sabido decir ni del género de que se trataba.

Durante todo este tiempo consumido en la penumbra del cine, su pensamiento estuvo ocupado en los acontecimientos vividos y le sirvió en cierta forma para asimilar lo que había presenciado.

Nunca había pensado que ser testigo de una escena propia de revista porno danesa, le pudiera perturbar tanto. Él, que se creía liberal y progresista, no se hubiera imaginado que la simple observación de

cuerpos en ebullición sexual le pudiera dar tanta rabia interior y tanta ira contenida, incluso le llamó «puta tortillera», quizá ella no lo había oído, pero se sorprendió interiormente de haber utilizado esos términos. Le salió del interior oculto, una mala pasada de su subconsciente misterioso y traidor.

No podía apartar de su cabeza el hecho de que la madre de su hijo, la mujer de la que estuvo enamorado, hervía de placer con otras dos mujeres en su misma casa. La sensación de engaño sufrido y el fingimiento de Teresa le atenazó su hasta ahora bastante objetivo juicio sobre las personas. Se asustó de desear con vehemencia todos los males posibles a Teresa.

Hacia las once de la noche se dirigió a casa de su madre, que le recibió con naturalidad y le preparó la cena sin preguntarle nada. Seguramente su instinto materno le hizo percibir el estado de ánimo de su hijo, por lo cual, prefirió no escarbar heridas. Lucas se sentó en la mesa, pero no comió prácticamente nada. Se retiró enseguida a su habitación esperando que el sueño interrumpiera su estado anímico, pero no fue así. Pasó toda la noche en vela revoloteando en su mente el mismo tormento de aquella tarde.

Al día siguiente aprovechó las horas que sabía que Teresa no estaba en casa para ir a recoger toda su ropa y objetos personales. De todas formas, se aseguró de su ausencia telefoneando previamente desde una cabina cercana.

Entró en el piso y preparó todo en poco tiempo. Echó un vistazo a la habitación de su hijo, como intentando retener algo de él, intuyendo que lo iba a perder para siempre.

Ya no volvió más al piso y a partir de aquel día evitó todo contacto con Teresa e inició los trámites de separación y divorcio, que, aunque procuró hacerlos con discreción y serenidad, no impidieron que perturbara su estado emocional y le empezaran a aparecer molestias físicas.

Además, los problemas no venían solos. En su trabajo también los tenía y no eran fáciles de resolver. Últimamente sufría quebraderos de cabeza relacionados con serias sospechas de corrupción de uno de sus subdirectores, Juan Sánchez, precisamente el más cercano a él, en el que más había confiado.